



## LA COMPRENSIÓN DEL ASOCIACIONISMO INMIGRANTE EN PERSPECTIVA MAFFESOLIANA

*The understanding the immigrant associations in perspective maffesoliana*

**Felipe Aliaga Sáez**

[felipealiaga@usantotomas.edu.co](mailto:felipealiaga@usantotomas.edu.co)

Universidad Santo Tomás (Colombia)

**Enrique Carretero Pasín**

[angelenrique.carretero@usc.es](mailto:angelenrique.carretero@usc.es)

Universidad de Santiago de Compostela

### Resumen:

En este trabajo de reflexión teórica, trataremos el asociacionismo inmigrante principalmente a partir de elementos centrales de la obra de Michel Maffesoli, especialmente a través de *El tiempo de las tribus* (1990), ya que provee de un potente marco conceptual para comprender aspectos sensibles del vínculo comunitario que caracterizan a estos colectivos. Es un análisis que plantea una base interpretativa para diferentes encuentros tribales en torno a la integración y servir para ahondar en los mecanismos que contribuyen a la formación de imaginarios sociales.

Se analiza el tribalismo inmigrante, los encuentros proxémicos, la forma inmigrante, la costumbre como recurso del asociacionismo, el reencantamiento del mundo y el vínculo religioso, y los imaginarios como soporte del asociacionismo.

**Palabras clave:** Inmigración, asociacionismo, tribalismo, imaginarios

### Abstract:

In this work of theoretical reflection, we will analyze the immigrant associations primarily from central elements of Michel Maffesoli work, especially through *The tribes time* (1990), as it provides a powerful conceptual framework for understanding the sensitivities community ties that characterize these groups. It is an analysis that propose an interpretative

basis for different tribal meetings on integration and serve to deepen the mechanisms that contribute to the formation of social imaginary.

Immigrant tribalism, proxemic meetings, the immigrant form, the custom as a resource of associations, re-enchanting the world and the religious bond, and the imaginary and the associations supporting analyzes.

**Keywords:** Immigration, associations, tribalism, imaginary

## Tribalismo inmigrante

Los inmigrantes llegan a vivenciar periodos de fuerte agregación comunitaria en torno a elementos culturales, sociales o políticos, lo cual estaría sustentado por determinadas formas míticas (por ejemplo la superación de la desigualdad), ya que el mito fundaría y sostiene comunidad: “La constitución de las diferentes tribus que pueblan las sociedades actuales descansa siempre en un mito compartido” (Carretero, 2006: 124). Aunando fuerzas y entusiasmos, de esta manera, las asociaciones de inmigrantes pueden ser observadas como formando parte de un tribalismo contemporáneo, es decir como parte de una “nebulosa de pequeñas entidades locales” (Maffesoli, 1990: 34). Agrupaciones que forman una *comunidad emocional* propiciada por: “la conexión entre la emoción compartida y la comunalización abierta” (Maffesoli, 1990: 38). Se puede plantear que una característica del proceso de encuentro de los inmigrantes responde al tránsito del periodo de individuación al de una modalidad de participación comunitaria basada en la empatía, “la diferencia que se puede establecer entre los periodos abstractivos o racionales y los periodos “empáticos”. Los primeros descansan en el principio de individuación o de separación, mientras que los segundos están dominados por la indeferenciación o la “pérdida” en un sujeto colectivo: eso que yo llamaré el neotribalismo” (Maffesoli, 1990: 36).

Cuando se reúnen las personas inmigrantes en actividades colectivas vivencian una *socialidad de tipo empático*, constituyendo una fuerte comunidad emocional neotribal, se formarán grupos diversos (de distintos países), pero pueden existir motivos de unión similares, ya sea referencias al recuerdo, sentimiento nostálgico, memoria colectiva, búsqueda de identidad, reivindicaciones, selección de elementos culturales referentes a las naciones de origen o a una imagen continental, la cual se sustenta en una recomposición histórica de elementos representativos; motivaciones que harán que estos grupos cuenten con una fuerte vinculación, “la conexión entre la emoción compartida y la comunalización abierta es precisamente la causante de esta multiplicidad de grupos, que acaban constituyendo una forma de vínculo social, en definitiva bastante sólido” (Maffesoli, 1990: 38). La comunidad emocional puede dar como resultado variadas formas de participación de los inmigrantes en la sociedad de recepción.

En las asociaciones de inmigrantes existirán una serie de componentes y valores tribales acordes a una época: “estos valores pueden cristalizar, en modo mayor, lo que con posterioridad se difractará en el conjunto del cuerpo social. El momento tribal puede compararse con el periodo de gestación: algo se está “cociendo”, probando o experimentando antes de que dicho algo emprenda el vuelo hacia una mayor expansión” (Maffesoli, 1990: 51), lo cual puede producir movilizaciones de los colectivos de inmigrantes, encuentros fugaces, con o sin mucha planificación, improvisados, etc. En estos momentos se desarrollará en términos maffesolianos una categoría “orgiástico-estática” o forma dionisiaca, que se caracteriza por una salida de sí o un éxtasis que se encuentra en el mismo acto social del encuentro, de esta manera las asociaciones se conforman como una “tribu” o como una modalidad de “tribalismo”, el cual: “se está convirtiendo en un fin en sí mismo; es decir, que, por mediación de bandas, clanes o pandillas, recuerda la importancia del afecto en la vida social” (Maffesoli, 1990:178).

Este *tribalismo*, esta pulsión por fundirse con otros, por otra parte, encuentra su asidero en una constante antropológica transhistórica, emplazada más allá de los avatares históricos. Se trata de un elemento *arquetípico*, inmemorial y fundante, que se reactualizaría históricamente, concretizándose en diferentes escenarios sociales y bajo distintos ropajes. En suma, el retorno de *lo mismo* en sus multiformes concreciones. Dice Maffesoli: “Las figuras arquetípicas proceden siempre por redundancia, hacen referencia siempre a un tiempo mítico, aquel que no posee fecha, de nuestros cuentos y leyendas: en este tiempo-allí, de *l’illud tempus*” (Maffesoli, 2002b: 46). Teniendo esto presente queda definitivamente esclarecida la conocida tesis maffesoliana, de acuerdo a la cual una aproximación a los rasgos de la cultura posmoderna pasaría por la consideración de una concurrencia entre elementos arcaicos (lo más antiguo) y aquellos característicos de lo último del desarrollo tecnológico (lo más nuevo) (Maffesoli, 1996b).

Podemos hablar de manifestaciones tribales expresadas en situaciones tales como: el fervor popular en una actividad frente a una determinada nacionalidad, emotividad respecto a prácticas típicas de origen, cercanía física (abrazos, apretones de mano, palmadas en la espalda, gestos de felicidad en los rostros, etc.), compartir bebidas o comidas. Las emociones colectivas, o la sensibilidad común, “Proviene del hecho de que *participamos o correspondemos*, en el sentido fuerte y tal vez algo místico de estos términos, en un *ethos* común. Para formular una “ley” sociológica, yo considero como un leitmotiv que lo que está privilegiado es menos eso a lo que cada cual *va a adherir voluntariamente* (perspectiva contractual y mecánica) que eso que es *emocionalmente común a todos* (perspectiva sensible y orgánica)” (Maffesoli, 1990: 49). En esta perspectiva, la integración de los inmigrantes estaría atravesada por un *ethos inmigrante* que configura la idea de comunidad, compuesta por diversos imaginarios (nación, patria, justicia, igualdad, integración, etc.), pero que también es responsable de la producción de nuevos imaginarios sociales, en cuanto posición de los inmigrantes frente a la sociedad receptora, implicando una matriz emocional nueva o que buscará expresarse a través de acciones propias.

En las sociedades actuales estaríamos viviendo el paso del orden político a la fusión, en donde: “el primero privilegia a los individuos y a sus asociaciones contractuales y racionales, el segundo pone el acento en la dimensión afectiva y sensible: por un lado, lo social, que posee una consistencia propia, una estrategia y una finalidad; por el otro, una masa en la que se cristalizan agregaciones de todos los órdenes, puntuales, efímeras y de contornos indefinidos” (Maffesoli, 1990:134), es en esta masa en donde se encuentran los inmigrantes, en la experiencia del otro se fundaría comunidad, en donde se fusionarían los individuos en una *relación táctil*: “en la masa nos cruzamos, nos rozamos, nos tocamos, se establecen interacciones, se operan cristalizaciones y se forman grupos” (Maffesoli, 1990:135), en este proceso la socialidad generada por el *ethos* inmigrante, basada en una relación sensible entre los mismos inmigrantes, también generará una irradiación hacia la población local, existiendo un reagrupamiento de las comunidades de origen y entre ellas y la necesidad de agruparse con personas de la comunidad local en búsqueda de integración.

Esto entronca con el diagnóstico de una “saturación de lo político”, o mejor de la concepción moderna de “lo político” que Maffesoli (2002a) intenta hacernos ver. Entendiendo esta “saturación” desde las claves de una crisis del modelo de *representación* aupado desde las teorías contractualistas modernas y, asimismo, de un desajuste existente entre la búsqueda del poder por parte de una burocracia de partido y el dinamismo societal. Pero “lo político” en la Modernidad, de acuerdo a los dictados durkheimianos, tendría un trasfondo comunitario, dado que había servido para canalizar sentimientos y pasiones conjuntas y, así, reafirmar la pertenencia a una colectividad. “Lo político”, en suma, se apoya en un *arquetipo fraternal*. A raíz de la revolución francesa “lo político” consiguió, en efecto, vehicular este sentimiento de comunidad compartido. Esto es lo que, no obstante, parece haberse diluido, al decir de nuestro autor, en las sociedades actuales, allanado el terreno, sin embargo, para un florecimiento de un *neotribalismo*, en donde el sentimiento comunitario se encarnará en grupos más proxémicos y de muy diversa índole. De cualquier modo, piensa Maffesoli, el espíritu comunitario, el sentimiento arquetípico de fraternidad, anteriormente fijado a las diferentes modulaciones de “lo político”, se reencausa y fija, en nuevo decorado cultural, en un extenso y heterogéneo abanico de microcomunidades. “Este ambiente emocional es particularmente perceptible en la explosión en cadena que afecta a los Estados-

nación y a los grandes imperios ideológicos. Unos y otros dejan su lugar a confederaciones que, de una manera más flexible, van a cohesionar unas comunidades de corte diverso, reposando más sobre un sentimiento de pertenencia que sobre la moderna noción de contrato social, con la connotación racional o voluntaria añadida a ésta última” (Maffesoli, 2002a: 16).

Existirá un vaivén entre la masa inmigrante y las distintas agrupaciones asociativas, en la búsqueda del estar juntos, “el neotribalismo se caracteriza por la fluidez, las convocatorias puntuales y la dispersión” (Maffesoli, 1990:140). Los inmigrantes se encuentran permanentemente y generan condensaciones con una fuerte implicación emocional, superando la individuación, cuestión que estará sustentada en el tránsito dinámico de los inmigrantes por los distintos grupos o asociaciones, así como en entornos laborales o religiosos, que le harán tener una socialidad múltiple, pudiendo entrecruzar diversos círculos relacionados con la inmigración. En ocasiones un inmigrante deberá alternar por varios círculos, es probable que intercambie con la cultura local elementos de su propia cultura, así como irá buscando la participación en espacios diferenciados; por ejemplo un trabajador que tiene contacto con personas autóctonas, hará un esfuerzo por interactuar con ellos de la mejor forma posible, en otro momento buscará los colectivos de inmigrantes para poder compartir con los “suyos”, en una relación quizás más fluida, también existirán otros que buscarán espacios compartidos, o espacios mixtos; así el inmigrante puede vivir varios encuentros, en donde asumirá distintas actitudes y comportamientos, “lo que caracteriza a nuestra época es precisamente el entrecruzamiento flexible de una multiplicidad de círculos cuya articulación forma las figuras de la socialidad” (Maffesoli, 1990:143), en cada uno de estos espacios de socialidad implicará una fuerte dosis de intensidad vivencial.

El hecho de formar y participar de una comunidad de sentimientos provee a los inmigrantes, un espacio de diálogo y análisis de su realidad, establece un punto de confluencia de relatos y vivencias asociados al proceso migratorio, se entrecruzan y se comparten historias, se buscan maneras de entender la nueva realidad, de explicación. Al entrar en este ambiente, se liberan ciertas visiones reprimidas, se transparentan pareceres o malestares, se dan a conocer inquietudes y necesidades, se conciertan visiones amplias sobre su posición en la sociedad, se colectivizan determinadas maneras de enfrentar la realidad, de reducir la complejidad y hacer menor la angustia frente a lo desconocido, se crean y se recrean universos simbólicos, de esta manera, se construyen imaginarios sociales de múltiples elementos de la sociedad a través de una fuerte implicación emocional.

## Encuentros proxémicos

Como vemos los distintos tipos de encuentros generados por los inmigrantes tienen la característica de ser altamente *proxémicos*, con una fuerte intensidad emocional que los caracterizaría, son situaciones que viven y disfrutan en el momento, a veces sin considerar el verdadero impacto que puedan generar, ya que su medición la pueden proyectar algunos (organizadores, dirigentes), sin embargo, la mayoría de los inmigrantes no tendrían esa necesidad, de esta manera, se trataría más bien de pasar un buen momento, de formar parte de algo, en compañía de los pares, es decir, de buscar el *nosotros inmigrante*, “La estética del “nosotros” es una mezcla de indiferencia y de energía puntual. De manera paradójica, encontramos aquí un curioso desdén hacia toda actitud proyectiva y una innegable intensidad en el acto mismo. Es lo que caracteriza a la potencia impersonal de la proxemia” (Maffesoli, 1990: 39). La forma política establecida por los inmigrantes es distinta y nueva a la que propicia el individualismo, su participación en la masa generada por el nosotros lo hace partícipe de una socialidad que no está delimitada, “la masa es esa misma cosa que se basta a sí misma, que no se proyecta, no se finaliza, no se “politiza”, sino que vive el torbellino de sus afectos y de sus múltiples experiencias. Por eso es la causa y el efecto de la pérdida del sujeto” (Maffesoli, 1990:124).

Maffesoli indica que esto es lo dionisiaco, lo confusional, se crea un alma colectiva, un nosotros, un paso del individuo a la persona en su multiplicidad de roles, ya que los inmigrantes tendrán roles de trabajadores, artis-

tas, víctimas, luchadores, etc., cuestión que estará dentro del flujo de realidad que compone distintos imaginarios sociales respecto a su existencia dentro del grupo y que funda la trascendencia inmanente de este. Es preciso interpretar este rebrote de los afectos diseminado por una amplia totalidad de comunidades de acuerdo al auge actual adquirido por *lo orgiástico*, por un desbordamiento de las pasiones vividas en común, apuntando a un reencuentro con una dimensión *societal* que fuera arrinconada por el individualismo entronizado por la sociedad moderna. En este fenómeno societario, la individualidad tiende a perder consistencia, disolviéndose en lo colectivo, recurso mediante el cual la colectividad se autofirma y, de paso, se regenera. “En contra de lo que prevaleció en nuestra modernidad, lo orgiástico pone el acento sobre el todo o sobre las interrelaciones entre sus diversos elementos. Y, en segundo lugar, el hecho notable de que lo orgiástico, que por muchas razones puede parecer anómico, permite estructurar o regenerar la comunidad. Frente a una moral del deber, lo orgiástico remite a un amoralismo ético que consolida los vínculos simbólicos de toda sociedad” (Maffesoli, 1996a: 13-14).

Los colectivos de inmigrantes se caracterizarían por la coincidencia de muchos elementos de tipo emocional, esta es la clave de la orgánica inmigrante, la que establece una estética inmigrante, entendida como: “facultad común de sentir o experimentar” (Maffesoli, 1990:38), así también es “un medio para reconocerse” (Maffesoli, 1990:141), que nos podría acercar a un *paradigma estético inmigrante* “en el sentido de experimentar o sentir en común” (Maffesoli, 1990: 35), que se enmarcaría en un *aura estética* propiciada por una sensibilidad colectiva, “se puede decir que lo que caracteriza a la estética del sentimiento no es en modo alguno una experiencia individualista o “interior”, sino, por el contrario, una cosa que, por su misma esencia, es apertura a los demás, al Otro. Apertura que connota el espacio, lo local, la proxemia en que se juega el común destino. Es lo que permite establecer un vínculo estrecho entre, de un lado, la matriz o el aura estética y del otro, la experiencia ética” (Maffesoli, 1990: 43). Ética que sería empática y proxémica, una ética del conjunto, del *ser* y el *hacer inmigrante*, como un colectivo con sus propias características y modos de actuar, con unos requerimientos propios de comportamiento, de posicionamiento en la sociedad, circulación por distintas modalidades de encuentro, y en cuanto a su aporte y lugar en la transformación del orden social. La forma en que los inmigrantes se encuentran y valoran determinados elementos de su propia cultura, dará pie a entender cómo se acercan a la sociedad local.

Tiene una relevancia importante la relación entre la ética inmigrante y los lazos de solidaridad generados en este ambiente, que pueden producir un modo de acción, un estilo de vivenciar la realidad inmigrante, lo cual se puede entender como las múltiples actividades realizadas en su mayoría acordes a intereses puntuales, dado que comúnmente no serían demandas de la comunidad autóctona, sino que surgen desde el propio colectivo, en reacción a comportamientos observados o actitudes que se evalúa requieren ser abordadas. Las relaciones proxémicas, dan origen por ejemplo a la “ayuda mutua”, en donde es posible encontrar la relación que existe entre la proxemia y la solidaridad, proceso de correspondencia o participación que favorece al colectivo, “la ayuda mutua sería la respuesta animal o “no consciente” del querer-vivir social: una especie de vitalismo que “sabe”, con un saber incorporado, que la unicidad es la mejor respuesta al imperio de la muerte, algo así como lanzar un desafío” (Maffesoli, 1990:60), es una necesidad de sobrevivencia, de apoyo, con conocimiento de causa, al observar que el proceso migratorio es traumático.

Muchos sujetos, debido a que han superado aquellos traumas (violencia y riesgos), y que han podido alcanzar niveles de estabilidad existencial en el nuevo contexto, dedican tiempo y esfuerzo en otorgar información para ayudar a personas que saben que están experimentando esas negativas vivencias o procesos conflictivos, de desentrañamiento de las lógicas abstractas que se encuentran en la nueva sociedad, es por parte de algunos una respuesta al alivio que produce saber que se comienza a tener un cierto dominio de los campos simbólicos existentes, “Este sentimiento colectivo de fuerza común y esta sensibilidad, mística fundadora del perdurar se sirven de vectores bastantes triviales. Aunque no es el caso ponernos a analizarlos aquí, se puede decir que son todos los lugares de charla o, más generalmente, de la convivialidad: cabarets, cafés y otros espacios públicos que son “regiones abiertas”; es decir, lugares en que es posible dirigirse a los demás y, por

ello mismo, dirigirse a la alteridad en general” (Maffesoli, 1990:61), los inmigrantes fundarán espacios de intercambio, de búsqueda de comunicación, como son las asociaciones.

## La forma inmigrante

Existe una amplia diversidad de acciones y reivindicaciones propuestas por los colectivos de inmigrantes, en cuanto a regulaciones legales, cobertura de necesidades, trato, participación, etc., sin embargo, responden a momentos especiales, circunstancias, contingencias, fallas en los sistemas, errores de planificación, malos tratos, etc., en ocasiones las demandas pueden ser puntuales, diversas y responden a periodos temporales determinados, en menor medida las reivindicaciones, presiones o protestas tienen presencia constante a lo largo del tiempo; de esta manera el proyecto de los colectivos de inmigrantes está sometido a la variabilidad, a la imprevisibilidad, respondiendo muchas veces a los cambios estructurales de la política de gobierno, a los presupuestos, sucesos internacionales, cambios climáticos, entre otros factores inesperados. Sin embargo, las acciones y los espacios de encuentro ya sea por motivos de reivindicación, culturales o de cualquier otra naturaleza, pueden ser muy intensos, a pesar de que mayormente son heterogéneos y no responderían a un proyecto lineal, sino más bien, a la referencia de ideales y problemáticas diversas, con variabilidad en su duración.

En determinadas ocasiones sí pareciera que el colectivo inmigrante apuntara a un plan, o a un objetivo superior, por ejemplo la igualación de derechos con la población autóctona, pero bajo este macro objetivo, hay un sinfín de contradicciones, acciones desorganizadas, de corta duración, simultáneas pero distintas, o actividades que pueden resultar infructíferas; un abanico amplio de proyectos, en permanente conexión y desconexión; a nivel general, podemos decir que los colectivos inmigrantes poseen ciertas elites intelectuales que promocionan slogans más generales, y que proyectan un fin superior de la movilización, sin embargo, la generalidad del colectivo, podemos pensar que está fuera de estas dinámicas y más bien, se adhiere a proyectos, movilizaciones, o encuentros específicos, más que formar parte de un determinado proyecto político o fin único. Quizás el movimiento pasa por sumarse a aquellos momentos comunes, de estar junto a las personas que saben realmente de lo que se trata el fenómeno migratorio, el hecho de criticar y compartir complicidad o secreto (que incluso buscan algunas personas que no han migrado nunca), en este proceso la mayoría se encuentra bajo una lógica comunitaria emocional, que puede ser entendida como una *forma inmigrante*, lo que según Maffesoli implica: “la cristalización particular de sentimientos comunes. Desde esta perspectiva “formista”, la comunidad se caracterizará menos por un proyecto (pro-jectum) orientado hacia el futuro que por la realización *in actu* de la pulsión por estar-juntos” (Maffesoli, 1990: 45).

Y es que, en sintonía con lo anterior, Maffesoli se acoge a una concepción *trágica* de lo social, diferenciándola de una *dramática*. Con ello pretende decirnos que la contradicción es algo inherente a la vida, y, por ende, a la vida social. De lo que se derivaría la imposibilidad de alcanzar un modelo social liberado de contradicciones, una reconciliación histórica en un proyecto de futuro mediante el cual se pretendiese sobrepasar éstas. En este sentido, la contradicción sería un elemento insalvable, nunca por completo superable, de la vida social. Este aspecto, a su juicio, sería el problema nuclear de la Modernidad. Ésta, heredando el legado de la filosofía de la historia judeo-cristiana, habría propuesto el logro de una Sociedad perfecta, liberada de no sólo de contracción sino también de cualquier tipo de perturbación en nombre de la Razón. Este *monoteísmo racional* estaría en el trasfondo de la mayor parte de los movimientos ideológicos surgidos en el siglo XIX, así como en los pilares sobre los que se ha asentado la ciencia sociológica. En este contexto cabe interpretar la afirmación maffesoliana según la cual “la dialéctica no es, a fin de cuentas, más que la forma profunda de la Teodicea, ambas postulan un sentido, un *terminus ad quem* y un *terminus a quo*” (Maffesoli, 1979: 119).

Sin descartar, el hecho de la existencia de “proyectos” que en determinados momentos pueden aunar voluntades y que sí esperen un impacto futuro, lo inmigrante permanece como algo que está de fondo, algo sub-

yacente que sirve como figura arquetípica del vínculo social que permitirá la idea de los inmigrantes como formando parte de algo, en un enlace entre lo pasado y lo contemporáneo, la forma inmigrante hace que se reúnan los sujetos y alcancen identidades compartidas “La *forma* opera como un espacio de autoreconocimiento comunitario, como un receptáculo sobre el que descansa un sentimiento de pertenencia, favoreciendo, a través de mecanismos de identificación, la unidad, el conjunto. La *forma* es pura potencialidad que predispone para la atracción, instándonos, además, a la revalorización de una visión holística, global, de la sociedad” (Carretero, 2005:8), esta forma será una de las causas de la neotribalización inmigrante.

Existiría una particular forma inmigrante, en la cual se vinculan reciprocidades, “un vínculo en el que el entrecruzamiento de las acciones, de las situaciones y de los afectos forma un todo” (Maffesoli, 1990:149), creación de comunidades sentimentales, basada en una manera propia de estar juntos, en torno a acciones creadas en el presente y recreadas en base al pasado, situaciones vividas en el encuentro afectivo de la colectividad. Esta forma inmigrante se irá componiendo a medida que se desarrollen elementos de la vida cotidiana de los integrantes de los colectivos, cuando se van instaurando prácticas que posiblemente pertenecían a las sociedades de origen (inclusive a otros tiempos), y se van adaptando a las de la sociedad local, así como fusionándose entre ellas, en una socialidad como “forma lúdica de la socialización” (Maffesoli, 1990:150). Muchos inmigrantes tienen y buscan sus espacios de socialidad, con la intención de liberar las tensiones generadas por la complejidad, una manera de protesta, resistencia, esparcimiento, despejo y búsqueda de libertad.

Algunos participan en colectivos y en las determinadas actividades llevadas a cabo por estos, en la necesidad de satisfacer la vuelta a lo natural, sin necesariamente ir más allá, es decir, disfrutando el momento de estar junto a las demás personas que vivencian una realidad similar, en donde personas acudirán simplemente por el disfrute, por el deleite de los sentidos, por la diversión, por la inyección de energía lúdica que le aporta estar en un ambiente familiar. Maffesoli indica que en el paradigma estético, lo lúdico sería: “eso que no se preocupa por ningún tipo de finalidad, de utilidad, de “practicidad”, o de eso que se suele llamar “realidades”; pero sería al mismo tiempo eso que estiliza la existencia, poniendo de relieve su característica esencial” (Maffesoli, 1990:150), bajo esta óptica, lo importante es la situación de encuentro afectivo, el momento tribal, la acción de volcarse al sentimiento y no tanto a la razón, se basa en una actitud de *relacionismo*, en donde: “la religancia propiamente como tal es más importante que los elementos que se religan. Lo que va a prevalecer es menos el objetivo a alcanzar que el hecho de estar juntos” (Maffesoli, 1990:158).

No en vano, Maffesoli rechaza una consideración de la vida cotidiana presidida por la vieja tesis de una *ideología dominante* diseminada por el conjunto de la vida social. Y la rechaza porque, en realidad, minusvaloraría el poder de *las gentes*. Por tanto, no existiría una capilarizada difusión de falsas creencias en torno al mundo acatadas por los presuntamente dominados. En realidad, esta tesis impediría ver los efectos de *contrapoder* ejercidos por los dominados. A su juicio, la disidencia interior ante el ejercicio del poder se expresaría mediante *una doblez* que recurriría a la comicidad o a la ironía como estrategias clandestinas de contrapoder. “Veo una estructura antropológica que, a través del silencio, la astucia, la lucha, la pasividad, del humor y la risa, sabe resistir con eficacia a las ideologías, enseñanzas o pretensiones de los que intentan ya sea dominar o realizar la felicidad del pueblo” (Maffesoli, 1990: 99). Una fórmula *sui generis* de manifestación de lo que nuestro autor denominará *libertades intersticiales*, constituidas por la burla, la astucia o la doblez, y configurándose como una verdadera “estrategia de adaptación” que persigue sortear las distintas imposiciones sociales recurriendo a una suerte de cinismo sabio arraigado en la cultura popular (Maffesoli, 2002a).

También la masa inmigrante puede no estar en contacto con el mundo político (oficial), puede disociarse de los poderes públicos, generando reticencias y resistencias, en el pluralismo propio del dinamismo de la sociedad, los inmigrantes buscarán resistir a la dominación, una de las causas impulsadas por los colectivos es dar visibilidad de su existencia, hacer que la sociedad local observe su existencia, que hay una historicidad y un valor en su cultura, sus manifestaciones son la demostración de la necesidad de expresión y de búsqueda de reconocimiento, ya sea a sus inquietudes o a sus demandas, de alguna forma, con la organización de activi-

dades de carácter cultural o reivindicativo, se genera alguna incidencia en la sociedad y en las posibles decisiones del nivel político gubernamental (en distintos niveles), en muchos casos, sin hacer manifiesta esta intensión, se da por entendido que este es uno de los objetivos, en una *actitud de reserva*, “no quiere decir que no se preste ninguna atención al juego (de lo) político, sino todo lo contrario, pues se considera a éste como tal” (Maffesoli, 1990:99), según Maffesoli la versatilidad de las masas se expresa de manera paroxística, en donde se busca ir en contra de la normalización o la domesticación. Los inmigrantes comparten un tipo de socialidad en donde los códigos de interacción que los mantienen unidos hacen que mantengan estrechos lazos que los hace parecer poseedores de un secreto, como forma paroxística de la actitud de reserva popular.

## La costumbre como recurso del asociacionismo

La costumbre es según Maffesoli una buena manera de caracterizar a los grupos contemporáneos, sería: “el conjunto de los usos comunes que permite que un conjunto social se reconozca por lo que es. Se trata aquí de un lazo misterioso, que sólo raramente y de manera accesorio se halla formalizado y verbalizado como tal (en los tratados del saber – vivir y consuetudinarios, por ejemplo). Ello no impide que obre, o “actúe”, en profundidad a toda la sociedad. La costumbre es, en este sentido, lo no dicho, el “residuo” que funda el estar – juntos. Yo he propuesto llamar esto la *centralidad subterránea* o la potencia social (*versus* el poder)” (Maffesoli, 1990:53).

A este respecto Maffesoli (1982) ha distinguido entre *potencia* y *poder*. *Potencia* sería equiparable a una autoafirmación de la vida en su plenitud. Una energía, un “querer vivir” colectivo, encaminado a favorecer el dinamismo societal, dando rienda suelta a un vitalismo anclado en lo más profundo de la esencia del cuerpo colectivo, ansiando sobrepasar cualquier restricción que, bajo la forma de imperativos sociales, trate de encorsetarlo. La *potencia* es, por definición, *presentista*, reacia a la falsificación que todo proyecto de futuro conlleva. La *potencia* anhela sobrepasar cualquier tentativa de gestión y racionalización vertical de la vida social en manos del *poder*. La *potencia*, desde estas claves, es la enemiga natural del *poder*, en la medida en que el *poder* ejercería una violencia externa anuladora de la *potencia*. Si bien, asimismo, habría una articulación interna entre ambos. La *potencia* se correspondería con *lo instituyente*, mientras que el *poder* con *lo instituido*. Y sería *lo instituyente* lo que, en realidad, *crearía* sociedad, aunque delegue en la facultad de *lo instituido*, en cuanto *exterioridad*, la pervivencia de esta *potencia*. Por este motivo el *poder* no debe perder su imbricación natural con la *potencia* que lo sostiene.

La costumbre de escuchar el idioma o el acento de personas hablando de la misma manera; o visualizar elementos que antes (en el país de origen) se veían con frecuencia, quizás hasta de manera involuntaria, y que ahora se busca encontrarlos voluntariamente y hacerlos parte de la vida, como una necesidad de llenar algo que falta, un vacío de símbolos. De esta forma volcarse a aquello que hace que la vida tenga contenido y potencia, eso que está siempre ahí, y que por el proyecto migratorio se tuvo que dejar abandonado, se busca recuperar para poder encontrar la esencia de la vida cotidiana que ha cambiado y se ha extraviado con el proceso de incorporación a otra sociedad, “La costumbre, en cuanto expresión de la sensibilidad colectiva, permite *stricto sensu* un éxtasis en clave cotidiana. La francachela, la charla, la conversación anodina, que puntúan la vida de todos los días, hacen “salir de sí”, y, por ello mismo, crean ese *aura* específica que sirve de argamasa del tribalismo” (Maffesoli, 1990: 61).

Las asociaciones de inmigrantes, los momentos de encuentro colectivo y la práctica de rituales se constituirían como espacios de libertad, o de liberación, dado que: “Lo que pretenden subrayar estas expresiones es que una buena parte de la existencia social escapa al orden de la racionalidad instrumental, no se deja finalizar ni puede reducirse a una simple lógica de dominio. La duplicidad, la astucia, el querer – vivir..., se expresan a través de una multiplicidad de rituales, de situaciones, de gestualidad y de experiencias que delimitan

un espacio de libertad” (Maffesoli, 1990:54), el proceso de integración de los inmigrantes supone un gran esfuerzo de entendimiento, de comprensión de nuevos universos simbólicos, de adaptación personal, de reformulación de principios (en determinados casos); en el asociacionismo se puede encontrar una socialidad reconfortante, así hay gente que se mueve con distintas intensidades en estos entornos, por la sensación de placer que esto le puede llegar a generar y su resistencia a caer en confusiones o esfuerzos mentales agotadores por entender algo que le parece extraño y no parte del sí-mismo, hay gente que se mueve mayoritariamente en círculos de población inmigrante, posiblemente por la necesidad de libertad.

Las costumbres, “son a la vida cotidiana lo que el ritual a la vida religiosa stricto sensu” (Maffesoli, 1990: 54), los rituales harán que la comunidad inmigrante exista como tal y se genere el proceso de religancia social, “Lo que funda el conjunto es la inscripción local, la espacialización y los mecanismos de solidaridad”. Es lo que caracteriza a la sacralización de las relaciones sociales” (Maffesoli, 1990: 55), relaciones que estarán basadas en una sensibilidad colectiva, la cual: “no se inscribe en una racionalidad orientada y finalizada (la *Zweckrationalität* weberiana), sino que se vive en el presente y se inscribe en un espacio dado. Hic et nunc. Y, de este modo, hace “cultura” en términos cotidianos, a la vez que permite la emergencia de verdaderos valores, a menudo asombrosos o chocantes, pero en todo caso ilustrativos de una dinámica innegable (Maffesoli, 1990:58).

Podemos encontrar que en los momentos de encuentro se produciría el surgimiento de la *sensibilidad colectiva*, la cual se soporta en determinados imaginarios, esta sensibilidad está provocada por el collage de costumbres y rituales que aparecen y se lucen ante los necesitados individuos, necesitados de familiaridad, de afectos y de referencias cercanas. Como hemos visto es posible que algunos agrupamientos de las personas inmigrantes, pueden no estar caracterizados por la búsqueda de un gran proyecto político o un plan transformador superior, sino que cumplen la función de ser un mecanismo de alivio frente a la complejidad, se escogen prácticas usuales, típicas, que se conocen, que se habituaba a realizar, se ritualizan y practican en el nuevo espacio, para dar una sensación de control, de estabilidad y de cercanía, a veces en un espacio privado o público, dependiendo de la necesidad, existen en el amplio ambiente de comunidades inmigrantes, y de manera proporcional múltiples rituales, los cuales: “Su única función consiste en confortar el sentimiento que tiene de sí mismo un grupo dado” (Maffesoli, 1990: 46).

El conocimiento generado por los inmigrantes integra una dimensión sensible de la comunidad, en donde, la costumbre sirve de ligazón, y la comunicación como proceso vivido en sí mismo, es un elemento predominante en la sociedad que permite aceptar el mundo tal como es, “El mundo aceptado tal y como es equivale, por supuesto, al “dato” natural con el que vamos a enfrentarnos, el cual se inscribe en un proceso de reversibilidad, como es el caso de la perspectiva ecológica; pero equivale también al “dato” social con el que cada cual va a contar estructuralmente: de ahí el compromiso orgánico de unos hacia otros. Es, en definitiva, lo que yo llamo aquí con el nombre de tribalismo” (Maffesoli, 1990: 64 – 65). Esta ligazón permite que los colectivos de inmigrantes se puedan definir como comunidades de sentimientos, es decir: sentido nostálgico, sentimiento nacional, sentimientos profundos, sentimientos placenteros que rememoran viejos tiempos; una revisión del pasado, de la historia de vida personal y familiar. Momentos que pueden ser esporádicos, pero cargados de alta intensidad, complicidad y emotividad, esto es lo que mueve su existencia como grupo, unión de elementos comunes derivados de la experiencia migratoria, de historias de vida inspiradoras, del saber, el conocer en primera persona una realidad, haber vivenciado esta experiencia, unido al recate y al disfrute de elementos culturales particulares propios de cada nación de origen, es lo que enlaza al grupo, es lo que le da sentido, centralidad subterránea a través de un comportamiento *secreto* del grupo, “Cada vez que se quiere instaurar, restaurar o corregir un orden de cosas, o una comunidad, se topa uno con el secreto que fortalece y conforta la solidaridad de base” (Maffesoli, 1990:167) y que está en el origen del perdurar de la sociedad y permite medir la vitalidad del conjunto social.

Hay una característica importante en los colectivos, en su composición es posible que se encuentren inmigrantes de las más diversas procedencias, en cuanto a niveles educacionales, o situación económica, es

probable que se mezclen indistintamente personas provenientes de distintos contextos sociales, culturales y económicos, y que producto de la necesidad del formar parte de la comunidad emocional, estas variables no llegan a tener importancia en las prácticas de intercambio, o de fraternidad. En colectivos más amplios, es probable que rencillas históricas entre países no tengan ningún valor, que los conflictos políticos no sean observados como limitaciones para el intercambio, se buscará el *encuentro amistoso*, la visión de un momento de cordialidad. Los sujetos operarán, la mayor parte de las veces, en clave de afectuosidad, el sentido del encuentro, en esencia, no es potenciar la discordia o la enemistad, sino producir un grato momento, la búsqueda de la compañía y de observación de la presencia y la existencia de sujetos que comparten esa centralidad subterránea, un tipo de socialidad, códigos de interacción que los mantienen unidos o que hacen que mantengan sus estrechos lazos de solidaridad.

El momento comunitario, la experiencia en conjunto, la vuelta a lo natural o necesidad de complicidad a través del encuentro, el revivir sentimientos básicos de la socialidad pasada, la visibilización de elementos culturales considerados propios, hará que el inmigrante tome forma propia, como sujeto poseedor de claves culturales que hace pervivir, y además se enfrenta a las dificultades del aprendizaje de un nuevo entorno, es un individuo enfrentado a una doble carga existencial, que lleva consigo un esfuerzo de validación de su actuar migratorio, como opción de vida que no resulta fácil, ya que el inmigrante trasciende la sociedad sedentaria, como un trashumante; puede ser visto como un modelo de adaptación al cambio permanente de las condiciones del mundo globalizado o como un riesgo para la estabilidad de una determinada sociedad, se transforma en un individuo representante de una inestabilidad, pero también con una alta capacidad de adaptabilidad que muchos quisieran poseer, pero que muchos temen o desprecian, características que hacen del inmigrante un sujeto que plantea la interrogante de la fuga, dado que tiene una posibilidad de escape frente a una situación de crisis o retorno en caso de bonanza en su país de origen.

El inmigrante es un explorador de mundo, es un arriesgado, un sujeto con una composición propia y diferenciada, esto hace que se busquen, que se identifiquen, que se reúnan, que se observen, que se alegren cuando hay logros, que se respalden, que se generen cadenas de colaboración, de ayuda mutua, de confidencialidad, elementos que permiten que la comunidad perdure y trascienda, incluso a los países de origen, formando una amalgama de individuos de distintas procedencias, y con distintas historicidades, pero con una naturalidad y una necesidad de reencantar el mundo, en los lenguajes, en las aspiraciones, en las ensoñaciones, en los gestos, en las miradas, en los elementos de confianza, en la complicidad, se encuentra el *secreto de perdurar*.

## Reencantamiento del mundo y el vínculo religioso

La importancia de la masa inmigrante radica en su acción local, en su proxemia y vivencialidad localizada, que generará directa o indirectamente formas que buscarán un cambio de realidad o un posicionamiento de sus perspectivas, como conjunto autónomo con una dinámica específica, recurrirán a una perspectiva mística de esencia popular que permitirá su lógica de unión, en un sentido místico-religioso, el cual: “favorecería ante todo el estar-juntos, y éste privilegiaría la acción y la finalización de dicha acción” (Maffesoli, 1990:112), este proceso místico propicia una base de significados para la identificación y el sentimiento del grupo o comunidad, “es un conservatorio popular en el que, más allá del individualismo y de su activismo proyectivo, se confortan una experiencia y un imaginario colectivos, cuya sinergia forma esos conjuntos simbólicos que están en la base, en el sentido fuerte del término, de toda vida en sociedad (Maffesoli, 1990:112), esto generará en los inmigrantes una socialidad específica que puede llegar a trascender a las organizaciones no inmigrantes, en cuanto a que sus actividades son estructuraciones novedosas e incontrolables, propiciando un conjunto de prácticas alternativas a las del orden establecido por la sociedad de llegada, lo que conllevará un esfuerzo por no desaparecer o que sus iniciativas no queden como acciones espurias de una realidad que no desean construir, de esta manera estarán generando una manera particular de hacer política.

La Modernidad, entiende Maffesoli, siguiendo el diagnóstico clásico de la primera generación de la Escuela de Frankfurt y de Max Weber, ha significado el triunfo de una *racionalidad instrumental* desencadenante de un *desencantamiento del mundo*. El resultado es una conversión de la subjetividad de acuerdo a los dictados del productivismo, y, consiguientemente, el desposeimiento de su carácter de singularidad. En esto Maffesoli se acoge a una visión crítica de la cultura occidental, en la que la razón (el racionalismo de occidente) revierte en una negación de la individualidad, en la constitución de un individuo carente de otras cualidades que no sean las impuestas desde la uniformidad, y en el exilio de todo aquello que se sale de esta *episteme* moderna. La razón sería, pues, la coartada para la dominación, en la medida en que establece o pretende establecer una planificación *racional* de la existencia social. “La planificación, la eficacia, la productividad, se convierten en los nuevos dioses modernos, y la sumisión a los mismo determina la integración social” (Maffesoli, 1977: 180). Y aquí, siguiendo la estela de Nietzsche, la verdadera idiosincrasia de la dominación habría que entenderla como una negación del *deseo de vida*, de la *potencia vital*, de una organicidad de un *querer vivir*, por medio de los dictados de una perversa racionalidad que ansía administrar completamente la vida colectiva.

En este sentido, para nuestro autor, la cultura posmoderna tendría la osadía de sacar a la luz todas aquellas dimensiones de la experiencia social que fueran soterradas o reprimidas por una totalitaria racionalidad moderna. De acuerdo a ello cabe entender el retorno de la figura arquetípica y mitológica de Diónysos, la cual encarna una pulsión orgiástica tendente a la embriaguez y al exceso vivido en común. De hecho esta tendencia *comunitaria* inserta en el espíritu orgiástico posmoderno pretendería servir de antídoto frente al individualismo fomentado precisamente por la Modernidad, en la medida en que “subraya la alegría del *Carpe diem*, el cual desdeña el sistema económico y político” (Maffesoli, 1996a: 22). Dyónisos representa el reconocimiento de la vida en su instante presente, en donde su goce se agota en el mismo acto; antítesis vacunadora de toda tentativa planificadora de la vida social. Por eso Dyónisos es el Dios trágico por excelencia, dado que simboliza la finitud de una condición humana que solamente reconoce autenticidad en el *presentismo*. No anhela con ello Maffesoli una suerte de apología de la irracionalidad. Por el contrario trata de hacernos ver cómo el curso de las sociedades modernas habría entronizado un modelo de racionalidad, orillando todo aquello que no encaje en ésta. Su propósito es el de revelarnos que la salud de todo cuerpo social se asienta, sin embargo, sobre un equilibrio, siempre inestable, de la dimensión racional y de la irracional de la experiencia social.

Los inmigrantes a través de su accionar en las asociaciones de inmigrantes buscarán *reencantar el mundo*, tras una lógica de desencantamiento del mundo que caracterizó a la modernidad, “ante unas masas que se difractan en tribus, o ante tribus que se agregan en masas, dicho reencantamiento tiene como principal argamasa una emoción o una sensibilidad vivida en común” (Maffesoli, 1990:66), en un esfuerzo de utilizar y hacer visibles ciertas prácticas, seleccionadas con la intención de despertar interés, o de dar a demostrar que no son sujetos sin historia. Al contrario de lo que sucedió con la Modernidad en la cual se privilegió el proyecto político y la individualidad, dejando de lado la dimensión de un imaginario colectivo, estas agrupaciones buscan generar una matriz simbólica que hará resurgir lo cultural en la vida social, uniéndose con otros grupos con intencionalidades similares, “El pequeño grupo, en cambio, tiende a restaurar, de manera estructural, la eficacia simbólica. Y vemos cómo, cada vez con mayor insistencia, se está constituyendo una red mística de hilos finos pero sólidos, que permite hablar del resurgir de lo cultural en la vida social. Tal es la lección esencial que nos dan estas épocas de masa, épocas que descansan principalmente en la concatenación de grupos con intencionalidades dispersas pero exigentes. Y esto es lo que yo propongo que llamemos el reencantamiento del mundo” (Maffesoli, 1990: 153).

En una época caracterizada por la importancia de la proxemia, existe un cambio de lugar desde lo global a lo local, de lo individual a lo colectivo, en donde, aparece una reorganización de las comunidades y del querer vivir en sociedad, movidas por una potencia, en la cual está presente Diónysos, a través de la experiencia y un vitalismo sobre la organicidad de los elementos del cosmos, podemos decir que los inmigrantes son poseedores de un potente *querer vivir*, en el nuevo contexto, por un lado existe la necesidad imperiosa del querer vivir, por un sentido de sobrevivencia, por la búsqueda constante de formas de adaptación, pero por otro el panorama de sentidos es difuso, es una telaraña de símbolos, que deben ser comprendidos para alcanzar la

estabilidad. Aquí es donde juega un rol fundamental el colectivo como una comunidad, la cual opera como catalizadora de aquellas incertidumbres y complejidades que no permiten comprender el nuevo contexto, y generar procesos menos traumáticos y facilitadores de la integración, se establecen como polos de atracción, congregación y circulación de la comunicación, como espacios de intercambio y de aprendizaje, como lugares de respuestas frente a una amplia variedad de interrogantes (sin ser necesariamente verdaderas).

Surge un lugar de reunión de personas que buscan recomponer vidas, gente que busca organizar sus sentidos y darles coherencia, de encuentro con canales de expresión familiares, sitio de regresión a lo que es, o lo fue su vida “normal”, donde apaciguar la angustia y la tristeza, o dar respuestas a los vacíos de la ignorancia. Las asociaciones expresan un instinto vital, que se manifiesta constantemente en sus acciones colectivas, “El catastrofismo ambiente sigue siendo de hecho demasiado dialéctico (hegeliano), lineal (positivista) o también cristiano (parusia) para apreciar las múltiples explosiones de vitalismo que caracterizan a todos esos grupos o “tribus” en constante fermentación que toman a su cargo, lo más cerca posible de sí mismos, múltiples aspectos de su existencia colectiva” (Maffesoli, 1990:73).

Como hemos analizado a través de las costumbres y los rituales, podemos ver como las asociaciones de inmigrantes se pueden entender como formas de religiosidad, comunidades de base que se puede observar en clave de religión, “aquella “matriz nuclear y sagrada” sobre la que se consigue vertebrar y específico sentimiento comunitario” (Carretero, 2010:121), es decir el fermento de un lazo colectivo. Como hemos visto uno de los grandes objetivos de los colectivos de inmigrantes puede ser simplemente “el encuentro”, el sentir en conjunto, búsqueda de sentido compartido, la necesidad de complicidad, volver a lo familiar, es una necesidad vital de encuentro con elementos básicos de la socialidad pasada, “Acudiendo a una imagen, y como respuesta a los que se preguntan sobre el declive de los modos clásicos de las estructuras sociales, podemos sugerir que es la densidad de la socialidad, es que acabo de llamar su “in-tensión” (*in-tendere*), la que la hace acceder a otro espacio-tiempo, en la que se mueve a sus anchas. Dicha intensidad existe siempre: la experiencia en sus diversas dimensiones, la vivencia en toda su concreción, el sentimiento y la pasión que, en contra de lo que se suele admitir, constituyen lo esencial de todas las agregaciones sociales” (Maffesoli, 1990:78).

Maffesoli apunta al hecho de que en la actualidad hay ciertos elementos que contribuyen a la unión de los sujetos, algo que permite esta unión en una comunidad, lo cual se podría llamar religión, la relación entre la vuelta a lo natural y el reencantamiento del mundo plantea una relación con el entorno distinta al pensamiento racionalista, lo cual traerá consecuencias en las relaciones con los demás, y que se pueden llegar a expresar en figuras místicas, y a elementos ligados orgánicamente, como comunidades unidas unas a otras en un conjunto más amplio. El fondo está en la transcendencia: “ya se sitúe en un más allá o bien sea una “transcendencia inmanente” (el grupo, la comunidad que trasciende a los individuos)” (Maffesoli, 1990:86).

Aquí, entiende Maffesoli, la imagen jugará un papel primordial en la cultura actual, puesto que actúa como factor de agregación social y de reconocimiento comunitario. Dicho de otro modo, la imagen atesora una inherente fuerza re-ligadora, de ahí que hubiese sido tan ensalzada tradicionalmente en el universo religioso como símbolo de comunión entre una feligresía. Y esto obedece a que la imagen siempre nos remite a un algo que la trasciende simbólicamente, a un *imaginario* de grupo sobre el que ésta se sostiene. De esta manera este *imaginario* de grupo está en disposición de adquirir una forma material y concreta. Así, dirá Maffesoli: “la imagen “epifaniza la materia y corporeiza el espíritu” (Maffesoli, 1993: 114), en la medida en que “contiene un elemento estético (*aisthesis*), dado que favorece un sentir colectivo” (Maffesoli, 1996b: 128). En este sentido, este experimentar y sentir común -y en común-, lo que Maffesoli llama una *estética*, favorece la cristalización de una orientación conjunta en valores entre aquellos que coparticipan en una similar *aisthesis*. Desde estas claves cabe interpretar la afirmación maffesoliana según la cual. “Aquello que puede servir de telón de fondo a la estética es su función ética” (Maffesoli, 1993: 23).

La hipótesis de Maffesoli consiste en la multiplicación de los pequeños grupos de redes existenciales: “una especie de tribalismo que descansa a la vez en el espíritu de religión (re-ligare) y en el localismo (proxemia, naturaleza)” (Maffesoli, 1990:86). Grupos de inmigrantes se encuentran y comparten comunicación, imágenes de comunidad, en donde sujetos transitan en estos grupos o “microcomunidades”, las cuales: “pueden dar libre curso a esa dimensión no racional de la vida social sobre la que se fragua la posibilidad de experimentar un encuentro y una identificación, tanto sentimental como *vivencial*” (Carretero, 2010:133), contando con personas conocidas, o amistades en diversos sitios, pero ubicados en un territorio de inmigración determinado. Así es posible que un inmigrante cambie de ciudad por motivos laborales y se acerque a un colectivo por la vuelta a lo natural o por el reencantamiento del mundo, generando contactos que pueden llegar a perdurar, este mismo sujeto puede transitar por otros sitios y en todos ellos establecer redes, y de vez en cuando, existe la posibilidad de que se produzca un encuentro de muchas de estas personas, lo cual supone una comunidad mayor, ya sea en cualquier tipo de evento, en donde los individuos buscarán su comunidad de sentido de manera similar a aquel feligrés que busca una parroquia en donde encontrarse con la tranquilidad espiritual otorgada por la creencia, “la modalidad de “vínculo” moderno provocará, como contrarréplica, *la efervescencia de un abanico múltiple y heterogéneo de formas de “religiosidad” que, en cada vez mayor medida, afloran en las sociedades actuales*”(Carretero, 2010:132), en donde se los individuos reinstauran un genuino espíritu de fraternidad comunitario.

En cuanto a la transcendencia inmanente, existiría una argamasa que asegura el perdurar del grupo, la cual como hemos visto sería la propia forma inmigrante, su composición diferenciada como sujeto histórico, su carga existencial, hará que se reúnan, que busquen interminablemente espacios de encuentro, y de identificación, más allá de las necesidades particulares de solución de problemáticas relacionadas con la inclusión en sistemas básicos, administrativas, legales, laborales, educacionales, sanitarias, etc. , la cuestión es que el punto de encuentro se produce por la búsqueda de una comunidad de sentimientos: “Sean cuales sean la situación y la calificación moral, que, como se sabe son efímeras y localizadas, la verdadera argamasa de la sociedad es el compartir sentimientos” (Maffesoli, 1990:90). Aquí radica la complejidad de la integración, dado que los inmigrantes, en su constitución de comunidades de sentimientos tendrán como condición conciliar la necesidad de la vuelta a lo natural y el reencantamiento del mundo, con su posición en la sociedad y en la cultura local, la disminución de procesos de disonancia cognitiva, entre el ser y el deber ser como integrante de la nueva sociedad, como “ciudadano”, organizar una vida múltiple, y lograr hacer comprender a la sociedad local su compleja actividad y su composición existencial en un nosotros inmigrante que opera en código religioso, “La religión, entendida en su facultad re-ligadora, serviría para materializa y canalizar, en última instancia, una persistente demanda antropológica de abandono en un *Nosotros* colectivo”(Carretero, 2010:123), en donde aparece relevante un sentimiento de fraternidad, que pone en relevancia “un irreprimible anhelo de unión, de calor y de comunión comunitaria”(Carretero, 2010:124).

Maffesoli plantea que quizás haya que buscar un sentimiento compartido, el cual: “Según las épocas, este sentimiento apuntará a ideales lejanos y, por consiguiente, de débil intensidad, o a objetivos más potentes por estar más próximos. En este último caso no podrá estar unificado, y menos aún racionalizado; y su estallido no hará sino poner aún más de manifiesto la coloración religiosa” (Maffesoli, 1990:87), las comunidades sentimentales constituidas por los inmigrantes, no contarían con una orgánica programada o definida, en líneas generales, pero que se establecen como abstractas, no hay una “lista” de elementos necesarios o requeridos, es posible identificar algunos tipos, pero no responderían a una estructura estática o a un modelo, sino que se van organizando de manera aleatoria y muchas veces arbitraria, permaneciendo la centralidad subterránea como elemento común, la potencia, la vitalidad como el aceite que hace funcional el engranaje de la actividad societal.

En el encuentro, estas maneras próximas de compartir son las que adquieren características religiosas, en cuanto *religión civil*, producto de la similitud con los sentimientos que esta produce, “Así, la “religión civil”, que resulta difícil aplicar a toda una nación, puede ser vivida perfectamente, a nivel local, por una multiplicidad de ciudades o polis (ejemplo griego), o de agrupamientos particulares. En cuyo caso, la solidaridad que engen-

dra adopta un sentido concreto. Es en este sentido como una cierta indiferenciación consecutiva a la mundialización y a la uniformización de los modos de vida, y a veces también del pensamiento, pueden ir pareja con la acentuación de valores particulares, que, éstos sí, son investidos, con intensidad, por algunos” (Maffesoli, 1990:87). De esta manera, las colectividades de inmigrantes pasan a tener códigos propios y cambiantes, códigos de solidaridad, de cooperación que además de la solución a las necesidades de inclusión, responderían a la necesidad de salvaguardar la condición y el valor de ser inmigrante, un sistema de resguardo, instrumental valórico que permite dar una explicación y una justificación a la importante decisión de cambiar de hábitat, la ayuda mutua se transforma en una toma de conciencia de las dificultades del proceso y del sacrificio involucrado y estandarte de la búsqueda de una sociedad diferente, más colaborativa y “desinteresada”.

Para Maffesoli, la saturación de elementos políticos o económicos impuestos desde arriba, hace que haya un recentrarse en objetivos compartidos, próximos (lo que confiere sentido a lo *divino social*), cercanos a la *fibra pagana* de las masa populares, “El hecho de “estar calientes” es una manera de aclimatarse o de domesticar un entorno que, sin ello, sería amenazador” (Maffesoli, 1990:88), así la inmigración llevará al encuentro un compartir de pasiones y sentimientos, modulando una actitud colectiva, que estará compuesta por una “trascendencia inmanente”, sustentada en la potencia inmigrante, “Sean cuales sean la situación y la calificación moral, que, como se sabe son efímeras y localizadas, la verdadera argamasa de la sociedad es el compartir sentimientos” (Maffesoli, 1990:90), en este sentido los inmigrantes aseguran su pervivencia, “Así, aunque se pueda parecer alienado por el lejano orden económico-político, se garantiza la propia soberanía sobre la existencia próxima. Es esto desemboca lo “divino social”, que es al mismo tiempo el secreto de perdurar: es en lo secreto, en lo próximo, en lo insignificante (lo que se hurta a la finalidad macroscópica) donde se ejerce el dominio de la socialidad” (Maffesoli, 1990:92). En lo divino social se encuentra autonomía de los poderes de arriba, “ya sea mediante el levantamiento, la acción violenta, la vía democrática, el silencio y la abstención, el desconocimiento despreciativo, o el humor y la ironía, son múltiples las maneras que tiene el pueblo de expresar su potencia ciudadana” (Maffesoli, 1990:93), esto nos remite a un plano de unión entre la religión y la política, “la trascendencia inmanente, lo divino social, sería la base esencial sobre la que se asentará lo político, no siendo éste más que una traducción sui géneris de aquél”(Carretero, 2009b:23).

Podemos observar a los colectivos de inmigrantes como grupos cohesionados con un vínculo social fuertemente asentado en lo cultural, y si lo vemos desde el punto de vista religioso, podemos caracterizar a estos colectivos, en donde: “la religión (*re-ligare*) o *re-ligancia* es una manera pertinente de comprender el vínculo social” (Maffesoli, 1990:151), algunos de estos grupos operarían como *tipo secta*, en donde lo instituyente es lo importante, es decir, “la fuerza siempre renovadora del estar-juntos y, por otra, la relativización del futuro así como la importancia que se da al presente en la tríada temporal” (Maffesoli, 1990:153), se establecen como comunidades locales, sin gran visibilidad institucional, “Se trata de un grupo pequeño que funciona en la proximidad y que sólo es un punteado como se inscribe en un conjunto más amplio” (Maffesoli, 1990:154). A pesar de existir una estructura jerárquica (entiéndase junta directiva) en estos grupos cada integrante es fundamental para su funcionamiento y su inclusión en la masa inmigrante que trascienda sus particularidades como entidades independientes, “presente, proximidad, sentimiento de participar en un todo, responsabilidad: he aquí otros tantos caracteres esenciales operantes en el grupo – secta. Son estos caracteres los que permiten que los grupos en cuestión puedan constituirse en “masa” (Maffesoli, 1990:154).

Operando con sus lógicas propias, prácticamente incondicionadas por los poderes dominantes, ya sea gubernamentales o económicos, una forma de organización flexible, laxa, que muchas veces escapa a acciones netamente racionales de planificación y resulta de la pulsión de un sistema más pasional, en cuanto a la proximidad de sus integrantes y la necesidad de recrear vínculos que no se ajustarían a programas estáticos o a modelos de participación designados por la administración central del Estado, mayoritariamente arquitecturas libres y ajenas a las presiones de los fiscalizadores del actuar ciudadano, sólo exceptuando cuando se condiciona a un requerimiento de financiación por subvenciones (concuradas o de asignación directa).

## A modo de reflexión final: los imaginarios como soporte del asociacionismo

Las relaciones establecidas en los colectivos pueden ser constantes o esporádicas, es probable que hayan determinadas prácticas que sean permanentes, como el hecho de reunirse en torno a una actividad lúdica, una fiesta, una comida, encontrarse a practicar algún deporte o también por una reivindicación política, sin embargo, la mayoría se reunirá en momentos “especiales”, fechas conmemorativas, actividades solidarias, eventos folclóricos, etc., estos momentos darán espacio al *estar juntos*, a plantear posibilidades de nuevos encuentros, o de posibles acciones a desarrollar, todo en el campo de las posibilidades y se verificarán las disposiciones y los ánimos a participar, sin embargo, es probable que muchos de esos planes terminen en el mismo acto de la planificación, esto es lo trágico de la socialidad y el tribalismo, dado que: “los temas de la apariencia, de lo afectivo y de lo orgiástico indican todos ellos la finitud y la precariedad”, sin embargo, el punto esencial y la apuesta de la socialidad es: “permitir pensar eso que es portador de futuro en el seno mismo de lo que se acaba” (Maffesoli, 1990:145).

La afirmación de la vida se muestra en la aceptación del instante en su existencia plena como expresión de una auténtica reconquista de la existencia. El *presentismo*, partiendo de la precariedad de la vida, busca agotarla en el instante presente, despojándose de una finalidad lejana. “He ahí a lo que remite el presentismo y su encarnación en la vida ordinaria: una clase de intensidad que, consciente de la precariedad de todas las cosas, se emplea en gozar al máximo y con rapidez, *hic et nunc*” (Maffesoli, 2002b: 73). Sin embargo, la intensidad y el ejercicio imaginario de crear realidad a través de múltiples posibilidades, es lo que da una proyección al futuro del colectivo, ejercicio de construcción de imaginarios en donde surgirán algunas manifestaciones en torno a la necesidad de la vuelta a lo natural y de reencantar el mundo, pero muchos de estos planes no alcanzarán a vivir más que el mismo instante en que ya desaparecen, en parte porque los colectivos de inmigrantes carecerían de una estabilidad, dado que sus proyectos son ambivalentes, acordes a la contingencia, a las subvenciones y a las energías disponibles.

Muchas de estas organizaciones y sus integrantes buscarán respaldo, colaboración o transferencia de información, no en las instituciones gubernamentales, sino en colectivos de similares características, para generar sinergia, esto llevará a la configuración de redes, de momentos en red, unión entre el grupo y la masa, en muchos casos existiendo latencia, posibilidades de reacción con sustento de una red de colaboración de inmigrantes y agentes colaboradores, por denominar otras entidades o personas no inmigrantes que pueden prestar apoyo, una red que opera como un hongo brotando cuando hay humedad, frente a la contingencia (principalmente en momentos de solidaridad y de reivindicación), pero que se mantiene vivo, podemos calificar este hecho como parte de un proceso de atracción y elección en una sociedad red o como una *sociedad electiva* (Maffesoli, 1990), estos espacios, bajo la lógica de red, tienen una fuerte carga de afectividad, la cual se expresa en las remembranzas, añoranzas y esperanzas puestas en el nuevo proyecto de vida, la red une al grupo en la masa y contribuye a la generación de imaginarios.

Los colectivos de inmigrantes pueden operar con una lógica de clan, “Si la Modernidad ha podido verse obnubilada por la política, la posmodernidad podría verse obnubilada a su vez por el clan, lo cual modifica, sin lugar a duda, la relación con la Alteridad, y más precisamente, con el/lo Extranjero. En efecto, en la perspectiva política lo que tiende a predominar es una solidaridad mecánica de los individuos relacionados entre sí, y de sus conjuntos para con el Estado. En cambio, en el caso del clan nos vemos confrontados con una solidaridad orgánica que tiende a acentuar principalmente el todo” (Maffesoli, 1990:183). Buscar en la red la totalidad, la cual se caracteriza principalmente por el hecho de que las experiencias y las vivencias de los inmigrantes parecen que fueran comunes, de alguna manera los “inmigrantes saben lo que es ser inmigrante”, cosa que alguien que no ha vivido el proceso podría no llegar a comprender en completitud, esto que podríamos denominar *sensación de saber*, la que permite la complicidad (yo sé lo que tú sabes, porque yo viví lo que tú viviste), el haber vivido una experiencia compleja, ampliamente discutida y bajo la mira de múltiples

observadores, los cuales, pueden alegar que mediante el estudio es posible llegar a comprender de alguna forma lo que es esta manera de saber o de construcción de realidad.

Respecto a los grupos de inmigrantes compuestos por elementos tales como: el afecto, la espontaneidad, los impulsos, el relacionismo, la conjunción de lo estático y lo dinámico, Maffesoli pregunta: “¿Hay que afirmar, como se oye decir a menudo, que los grupos que constituyen las masas contemporáneas carecen de ideal? Tal vez sería mejor sugerir que carecen de una visión de lo que debe ser en el absoluto una sociedad. Cada grupo es para sí mismo su propio absoluto. Este es el relativismo afectivo que se traduce, sobre todo, en la conformidad con los estilos de vida” (Maffesoli, 1990:163), lo absoluto quizás no tiene respuesta definitiva, los inmigrantes tienen ideas o posibilidades de lo que puede o debe llegar a ser la sociedad, definiciones y distinciones, existe una búsqueda de respuestas, dado que el contexto es inestable, “pantanos”, lleno de regulaciones y normativas cambiantes, además de las diferencias culturales, por lo que a veces, los colectivos buscan respuestas tranquilizadoras y con carácter de definitivo, estableciendo ciertas pautas de comportamiento o disposiciones sociales como las adecuadas para “estar” en la nueva sociedad, dando respuesta a lo que debería ser un estilo de vida adecuado a las circunstancias.

Al decir de Maffesoli y de otros, como por ejemplo Edgar Morin, *lo imaginario* se encuentra imbricado estrechamente con *lo real*, sin una discontinuidad de fondo entre ambos, lo que implica que la movilización de *lo real* pase, en muchas ocasiones, por una precedente movilización desde *lo imaginario*. Es más, la hiperracionalidad que gobierna la cultura occidental habría propiciado, como contraefecto, un estallido de *lo imaginario*. “En nuestro universo aséptico y sin asperezas aparentes como resultado de un proceso de racionalización eficaz, es quizá interesante percatarse de que lo fantástico, la ficción, impregnan la totalidad del espíritu humano” (Maffesoli, 1998: 89-90).

En cualquier caso, *lo imaginario* es lo que pasa a dotar de “sentido” a *lo real*. La posibilidad del cambio, y de la resignificación, adquiriendo gran importancia los imaginarios sociales, los cuales, como esquemas de significados, nos permitirán entender qué es lo que consideran los inmigrantes por realidad, en un determinado momento, “el territorio especialmente abonado para la materialización del “vínculo” no es, en modo alguno, el del logos, sino aquél en donde anidan la imagen (lo imaginario) y el símbolo” (Carretero, 2010: 132), además los imaginarios sociales permitirán a los inmigrantes instituir una realidad diferente, trascender aquellos esquemas que los restringen a una posición de carencia de poder, en lo imaginario los inmigrantes desarrollarán nuevos esquemas de construcción de realidad, “a través de lo imaginario, en sus diferentes manifestaciones, el hombre intentará ir más allá, re-ilusionar, re-ensñar, la petrificada realidad social instituida” (Carretero, 2009a:3), lo que llevará a entender lo político desde otra perspectiva, ya que aquellos ánimos revolucionarios serán llevados a cabo en “ámbitos ahora más *proxémicos*, cotidianos, en las *libertades intersticiales* que, a modo de *microutopías*, se hallan en el seno de nuestras sociedades (Carretero, 2009a:4).

## Bibliografía:

- Carretero, E. (2005), “El formismo: un paradigma para repensar las religiosidades profanas”, en: *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, nº 11: 1 – 11. Recuperado en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18101108>
- Carretero, E. (2006), “La persistencia del mito y de lo imaginario en la cultura contemporánea”, en: *Política y Sociedad*, vol. 43, nº 2: 107-126. Recuperado en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2196335>

- Carretero, E. (2009a), "Michel Maffesoli. La aspiración a la libertad a través del conocimiento", en: *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, nº 21: 1 – 6. Recuperado en: <http://www.ucm.es/info/nomadas/21/enriquecarretero.pdf>
- Carretero, E. (2009c), "La trascendencia immanente: un concepto para comprender la relación entre "lo político" y "lo religioso" en las sociedades contemporáneas", en: *Papeles del CEIC*, nº 48: 1 – 27. Recuperado en: <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/48.pdf>
- Carretero, E. (2010), "En torno a las fórmulas alternativas de religiosidad. La re – elaboración de nuevas modalidades de vínculo comunitario", en: *Athenea Digital*, nº 17:119- 136. Recuperado en: <http://atheneadigital.net/article/view/663>
- Maffesoli, M. (2002a). *La transfiguration du politique. La tribasisation du monde*, Paris: Grasset.
- Maffesoli, M. (2002b) *L'instant eternal. Le reour du tragique dans les sociétés postmodernes*, Paris: Denöel.
- Maffesoli, M. (1996a.) *De la orgía. Una aproximación sociológica*, Barcelona: Ariel.
- Maffesoli, M. (1996b). *La contemplation du monde. Figures du style communautaire*, Paris: Grasset.
- Maffesoli, M. (1993). *Au creux des apparences. Pour une éthique de l'esthétique*, Paris: Livre de Poche.
- Maffesoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus*, Barcelona: Icaria.
- Maffesoli, M. (1981). *La violencia totalitaria*, Barcelona: Herder.
- Maffesoli, M. (1979). *La conquête du présent. Pour une sociologie de la vie quotidienne*, Paris:PUF.
- Maffesoli, M. (1977). *Lógica de la dominación*, Barcelona: Península.